

FL FOL F/4293

DIALECTOMETRIA Y LEXICO EN HUESCA

por
Pilar García Mouton



SEPARATA DE

I CURSO DE GEOGRAFIA LINGÜISTICA DE ARAGON

Zaragoza, 21-23 de noviembre de 1988

Institución Fernando el Católico

Zaragoza

1991

DIALECTOMETRÍA Y LÉXICO EN HUESCA

Por
Pilar GARCÍA MOUTON
Instituto de Filología. CSIC

El léxico se ha considerado siempre la parte privilegiada en los estudios dialectales. Desde los vocabularios de los eruditos locales, pasando por las monografías, hasta los diccionarios, es el léxico el que consigue atraer al mayor número de estudiosos. Los atlas lingüísticos no constituyen una excepción y, también en ellos, el léxico recoge el esfuerzo principal. Con una estructuración semántica de base, sus mapas ofrecen unas garantías especiales para estudiarlo, porque cartografían los resultados obtenidos en una red de puntos fijada de antemano, con un mismo cuestionario, en una sincronía convenida y en un mismo nivel de uso (o en niveles contrastados).

Para el léxico aragonés partimos de un instrumento fundamental, el ALEANR, que sirve de marco a los últimos trabajos de dialectología aragonesa. Desde su publicación, en 1983, Aragón dispone de unos datos inmejorables que los profesores Alvar, Buesa y Llorente recogieron generosamente para todos.

El léxico aragonés cuenta con importantes trabajos, desde aportaciones onomasiológicas muy concretas, hasta trazados de áreas a gran escala, de modo que era difícil aportar algo nuevo. Fue el profesor Alvar quien me sugirió la posibilidad de aplicar o de estudiar la aplicación de las prácticas dialectométricas al léxico aragonés. La dialectometría lleva tiempo conviviendo con nosotros en atlas lingüísticos de dominios cercanos, pero no ha arraigado en España¹. Han pasado más de quince años desde que Jean Séguy escribió, al comienzo de su artículo sobre la dialectometría en el *Atlas Lingüístico de Gascuña*, que no sentía escrúpulo alguno en utilizar el neologismo *dialectométrie*, porque las cosas nuevas necesitaban nombres nuevos². Señalaba, además, que no eran tan nuevas porque Terracher, Lalanne y algún otro dialectólogo habían recorrido ya parte del camino.

1. J. Séguy, *Atlas linguistique de la Gascogne. Vol. VI*, Paris, 1973, y *Atlas linguistique de la Gascogne. Complément du volume VI: Notice explicative et matrices dialectométriques*, Paris, 1973.

2. «La dialectométrie dans l'Atlas linguistique de la Gascogne», *RLR*, 37 (1973), pp. 1-24.

38. 26. 466

Para definir la nueva metodología quizá sea útil acudir a la escueta fórmula de Hans Goebel, uno de sus más activos cultivadores: dialectometría = geografía lingüística + taxonomía numérica. Para él sería «un amalgame bidisciplinaire réunissant les apports de la géolinguistique et de la taxonomie (ou taxinomie numérique)»³. Goebel hace una larga lista de dialectólogos a los que considera ligados al método, aunque reconoce su paternidad a Séguy y a su colaborador E. Guiter —con quien ha protagonizado algún enfrentamiento científico—. Séguy, Guiter y la llamada escuela de Tolosa apadrinaron el método y lo aplicaron en el dominio románico, a partir del propósito del primero de ellos de dotar al ALG, en su volumen VI, de unos mapas que reflejasen el agrupamiento, el recuento y la estadística de los hechos de todo tipo dispersos en los cinco volúmenes anteriores y permitiesen, al tiempo, plantear el problema de las fronteras dialectales.

En realidad, la dialectometría es una variante más en la síntesis de mapas. Los mapas dialectométricos tratan de presentar la diferenciación dialectal globalmente, de sintetizar los resultados de la geolinguística, reconvirtiéndolos en fórmulas numéricas.

Esta metodología, que se empezó a desarrollar en los años 70 y que se ha afianzado en los 80, difundiendo especialmente a través de la *Revue de Linguistique Romane*, era una vieja aspiración de los dialectólogos. Recordaba Séguy cómo ya Lalanne perseguía incansable la consecución de un procedimiento que le permitiese dar valores numéricos a las diferencias lingüísticas, valores que sustentasen elaboraciones posteriores, y cómo se sintió derrotado en esa tarea ante la imposibilidad de hacerlo fielmente⁴.

Y, sin embargo, los estudiosos recurrieron a las cifras para «medir» cercanías o distancias lingüísticas antes de que se hablara de dialectometría. Por irnos lejos, en las Islas Filipinas y en el África Negra, zonas de muchas lenguas sin clasificar, se han utilizado los porcentajes lexicoestadísticos y de inteligibilidad para establecer dónde empieza una lengua y dónde acaba otra; en ocasiones, para delimitar lenguas y dialectos⁵. Volviendo a nuestro territorio, hace años Alvar estudió con índices numéricos las interferencias lingüísticas en la frontera catalanoaragonesa, porque lo consideró el procedimiento objetivo más adecuado para evaluar áreas de transición. Y lo hizo sobre materiales del *Atlas Lingüístico de Cataluña*⁶.

Actualmente, la proliferación de atlas europeos y la necesidad de aprovechar sus materiales han llevado a perfeccionar esos cálculos. Uno de los más claros antecedentes de la dialectometría fue el trabajo de Atwood quien, en el primer tomo del *Atlas valón*, contó todas las diferencias entre todos los puntos

3. «Éléments d'analyse dialectométrique (avec application a l'Alsace)», *RLR*, 45 (1981), p. 349.

4. «La dialectométrie...» *cit.*, pp. 2 y 22.

5. U. Weinreich, *Languages in Contact*, The Hague, Mouton & Co., 2.^a ed., 1963, p. 2, aporta información sobre este punto.

6. *La frontera catalano-aragonesa*, Zaragoza, 1976, donde recoge «Catalán y aragonés en las regiones fronterizas» (antes publicado en las *Actas del VII Congreso Internacional de Lingüística Románica*, Barcelona, 1955, pp. 737-778).

de todos los mapas, las agrupó de 10 en 10 y trazó, entre cada punto, una línea más o menos gruesa según el número de decenas de diferencias: el resultado fue el mapa objetivo de la fragmentación dialectal del dominio valón.

Si hacemos un repaso simplificador por los distintos métodos de medir distancias dialectales, podemos destacar tres:

1. El dialectométrico lineal, de Jean Séguy, del que les habló el profesor Moreno, y cuyo alcance tratan de ampliar Beauchemin y Fossat en Tolosa.
2. El método global de E. Guiter⁷.
3. Y el método de H. Goebel, primero llamado del *Índice general de Identidad* (IGI), luego *Índice relativo de Identidad*⁸.

Guiter sigue un sistema parecido al de Séguy, aunque su trazado de fondo no es lineal, sino triangular entre puntos contiguos, y, en lugar de contar separadamente distancias léxicas, morfológicas y fonéticas, cuenta todas las diferencias a un tiempo. Los resultados son casi idénticos a los del método anterior, pero, aunque gana en rapidez y en visión de conjunto, pierde la posibilidad de identificar dónde se produce la diferencia.

Por su parte, Goebel establece unos criterios de discriminación y, tomando un punto dado, lo compara con todos los demás. En sus últimas investigaciones se inclina hacia lo que llama *dialectología interpuntual*, considerada por Guiter una adaptación de su método global. Los trabajos de Goebel se caracterizan por una elaboración con ordenador muy sofisticada. A partir de los resultados, dibuja mapas con distinta intensidad de color, siguiendo los procedimientos de cartografiado de la geografía física. A esos mapas los llama *Choropletenkarten*, neologismo formado a partir del griego *chóra* 'localización' y *pléthos* 'cantidad', neologismo cuya formación se le ha reprochado por considerar que oscurece el concepto⁹.

Derivaciones de estos métodos pueden considerarse el de Philips, basado en la clasificación ascendente jerárquica, cuya ventaja está en estudiar todos los puntos, y el de Melis y Verlinde. Este último método evaluativo, que procede de la estadística inductiva, acentúa los riesgos de la representatividad al elegir de antemano un punto como representante de toda una zona dialectal. Esto permite establecer los límites de lo que se presupone como dialecto-tipo. Sus mismos defensores matizan la utilidad de este procedimiento, limitándola a la detección

7. H. Guiter, «Atlas et frontières dialectales», *Les dialectes romans de France à la lumière des atlas régionaux* (Strasbourg, 24-28 mai 1971), Paris, CNRS, 1973, pp. 61-109.

8. H. Goebel, «La dialectométrie appliquée a l'ALF (Normandie)», *Atti del XIV Congresso Internazionale di Linguistica e Filologia Romanza* (Napoli, 1976), Naples-Amsterdam, 1976, vol. 2, pp. 165-195. Una aplicación de este método en un dominio cercano al nuestro es la de J. Saramago, «Differentiation lexicale (un essai dialectométrique appliqué aux matériaux portugais de l'ALE)», *Géolinguistique*, II (1986), pp. 1-31.

9. «Parquet polygonal et treillis triangulaire: les deux versants de la dialectométrie interponctuelle», *RLR*, 47 (1983), pp. 353-412.

de tendencias y a la evaluación de conocimientos adquiridos por medio de un acercamiento tradicional a los hechos lingüísticos¹⁰.

Al llegar aquí parece lícito preguntar qué método es el mejor o, al menos, si la diversidad de procedimientos no se dejará sentir en las distintas elaboraciones. Guiter planteó esta cuestión en el *XVI Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románicas*, y concluyó que los tres métodos cuantitativos son equivalentes y se aclaran unos a otros en aspectos parciales¹¹.

Alguno de estos métodos recurre a la informática, y parece muy recomendable hacerlo así. Sin embargo, no deben confundirse dialectometría y dialectología hecha con ayuda de ordenadores, porque, mientras la primera trata de obtener síntesis clarificadoras, la segunda sólo intenta sacar el mayor rendimiento posible de los datos geolingüísticos a través del tratamiento electrónico. Por ejemplo, el cartografiado del *Atlas Linguarum Europae* responde a una codificación previa para el ordenador de Marburgo que lo cartografió y, en cambio, se puede hacer dialectometría sin acudir a la informática; es cuestión de paciencia. De hecho, nosotros —y antes Séguy, Lalanne, etc.— hemos hecho recuentos sin esa asistencia. En cualquier caso, lo ideal sería combinar ambos procesos y «construir» programas que permitan descargar en la máquina el trabajo duro de la comparación y el recuento de formas. Esa programación sería el resultado lógico del tratamiento manual, artesanal si se quiere, que hemos hecho de nuestros materiales.

Porque sólo un dialectólogo «tradicional» está capacitado para establecer lo que considera marcas, criterios de diferenciación, «taxats»..., en definitiva, sólo él puede decidir qué se debe contar y cómo¹². Los resultados dependerán, por tanto, de las premisas de trabajo que se establezcan, marcadas inevitablemente por el investigador que las defina. De ahí que, como veremos después, sea difícil evitar lo subjetivo. Los resultados a los que se llegue se podrán visualizar, cartografiar de muy distintas formas: lo que siempre habrá que tener presente es que esos mapas no serán interpretativos en sí —como se ha dicho a veces—, sólo reflejarán los índices buscados, aunque faciliten la etapa de reinterpretación.

En realidad, la elaboración dialectométrica en mapas sería comparable en muchos aspectos con la síntesis de la que hablaba Jaberg, en 1947, al justificar que el geógrafo-lingüista se viera obligado a «tipificar» las numerosas variantes que de una palabra aparecen en un mapa: «Il crée ainsi des mots-types, dont il symbolise les aires par des couleurs ou par des hachures... Le mot-type peut être une base étymologique, un mot littéraire, un mot régional, voire un mot inexistant qu'on a forgé arbitrairement —ce qui importe, c'est qu'il résume les caractères essentiels d'un faisceau de formes similaires»¹³.

10. S. Verlinde, «La dialectométrie et la détection des zones dialectales: l'architecture dialectale de l'Est de la Belgique romane», *RLR*, 51 (1988), pp. 151-172.

11. «Les méthodes quantitatives en géolinguistique sont-elles équivalentes?», *Actes*, II, Edit. Moll, 1985, pp. 355-367.

12. «Eléments d'analyse...» *cit.*, pp. 354 y 358.

13. «Géographie linguistique et expressivisme phonétique: les noms de la balance en portugais», *RPF* 1 (1947), p. 6.

También estos mapas de ahora se hacen para «tipificar» y necesitan, como los de Jaberg, una lectura cuidadosa.

De entre los tres métodos señalados, el dialectométrico de Séguy parecía el más asequible para un primer acercamiento como el nuestro. El de Guiter tenía el inconveniente de unir todos los niveles lingüísticos y el de Goebel exigía un apoyo informático del que carecíamos. Otras ventajas del método dialectométrico lineal eran la transparencia de su aplicación y el que Séguy lo hubiese utilizado precisamente en trabajos sobre léxico románico.

Después de decidir la aplicación de este método en la zona pirenaica, el profesor Moreno, con quien trabajo en otra geografía, me comunicó su intención de llevar a cabo, también él, recuentos sobre las diferencias morfológicas en el ALEANR. Su sistema para medirlas compara cada punto con todos los demás. Como guarda sustanciales semejanzas con otros utilizados en dialectometría (como el de Philps), consideramos la ventaja indudable de unificar procedimientos de cálculo para léxico y morfología¹⁴. De esta manera evitamos que se hicieran dos trabajos cercanos en los intereses con metodología distinta. Por mi parte, para garantizar las posibilidades de comparación, amplíé la zona de examen a la que se había fijado, como convencionalmente útil, para la morfología: la provincia de Huesca. Esperamos que los resultados sean comparables y que podamos analizarlos, sumando esfuerzos, en un futuro trabajo común.

CORPUS

La selección del corpus de mapas que sirve de base al recuento, es lo único que se deja al azar. Evidentemente no se pueden analizar todos los mapas léxicos de un atlas y es necesario seleccionar un corpus más reducido. Al llegar a este punto conviene saber qué número de mapas debe integrarlo. Basándonos en las experiencias anteriores, 100 mapas parecen ser el corpus ideal, lo que, por otra parte, simplifica bastante los cálculos. Guiter ha podido comprobar que 100 es el mínimo que ofrece garantías y que, a partir de esa cifra, el incremento en el número del corpus no altera prácticamente los resultados¹⁵.

¿Cómo hacer la selección? En primer lugar, conviene que ésta sea totalmente impersonal y, para lograrlo, utilizamos un programa de ordenador que aplicaba, a los números de los mapas, una tabla de números al azar. Al constituir la parte mayor de los atlas, el léxico no se puede analizar completo, como la morfología o la fonética. Por otro lado, al ir ordenado en apartados que hacen referencia a distintos campos de significación, no sería correcto que la balanza se inclinara más hacia un campo que hacia otro. Por ejemplo, el incorporar más mapas referidos a cultivos específicos que a cultura pastoril, primaría la aparición de diferencias entre unas zonas y otras. Y lo mismo ocurriría con mapas relacionados con el tiempo, las costumbres o las comidas.

14. Véase la colaboración de Francisco Moreno en este mismo volumen.

En este punto concreto no seguimos a Séguy, que eligió 100 mapas entre los 1.000 primeros del ALG. Nosotros seguimos un proceso elemental de poda en un primer momento y, de entre los mapas restantes, el resultado fue obra del azar¹⁶.

En principio sólo desecharnos de antemano aquellos mapas que eran etnográficos, porque no respondían a nuestras condiciones, y «sorteamos» los restantes. Sin embargo, fue necesario alterar en cierto modo la distribución resultante: muchos mapas no eran «puramente» léxicos, otros presentaban lagunas excesivas, muchos espacios sin respuesta, motivados sin duda por las diferencias ambientales, culturales entre unas tierras y otras dentro de Aragón. No eran «puramente» léxicos mapas como el que recoge el *Modo de llamar a la vaca* o la *Voz para que la caballería vaya a la izquierda*, y presentaban demasiadas lagunas otros como *Rastrillo de la guadaña* o *Tinada (de la corraliza)*. En casos como éstos, la única solución que parecía válida era aceptar el mapa siguiente, con lo cual no cabría la posibilidad de una elección subjetiva. El rechazo a los mapas etnográficos o no «puramente» lingüísticos, como el de *Ramo* o signo de las tabernas o el de *Rulo*, nos llevó a sustituir varios, pero a éstos hubo que sumar los fragmentarios. Determinamos no incluir en el corpus mapas con más de 10 puntos sin respuesta. De hecho, habría que considerar seriamente lo que supone un signo de Ø, Ø, cuando se procede a la comparación, punto por punto, de todo un territorio.

No se incluyeron entre los mapas seleccionables los fonéticos, ni los morfológicos, por razones obvias. Sin embargo, en cuanto a los primeros quizá cabría una reflexión, que es la que me ha llevado —en contra de otras opiniones— a mantener algún mapa, como el dedicado al *Pesebre*, que es casi mononímico en toda Huesca. Los mapas que integran la parte fonética se sirven de conceptos muy generales con designaciones prácticamente uniformes, lo que asegura su rendimiento para proporcionar materiales fonéticos. Pero, cuando se procede a la elaboración de un cuestionario o a la redacción de un atlas, se tiende, por economía de tiempo, de dinero y de esfuerzos, a suprimir las preguntas que no «dan» diferencias, de ahí que en el léxico se penalice lo que une y se favorezca lo diferencial, porque de eso se trata. Tenemos que saber que siempre codificaremos sobre la diferencia, no sobre la semejanza. Por eso, para neutralizar en algo esta realidad, hemos mantenido los pocos mapas léxicos que resultaban casi uniformes. Si los hubiésemos desechado, los índices de diferenciación serían, en la misma proporción todos, ligeramente más altos.

Hasta aquí la explicación de por qué se manejan estos mapas y no otros: no se han elegido, nos han venido dados por el azar o por las necesidades del método. Hay que destacar el elevado porcentaje de mapas que no resultan útiles para este tipo de recuento.

RELACIÓN DE LOS MAPAS

m. 16.	Roturar	m. 765.	Llamador
m. 20.	Campo estrecho y largo	m. 797.	Largueros de la cama
m. 24.	Mojón	m. 814.	Fogata
m. 38.	Llave	m. 854.	Zafra (o sustitutos)
m. 81.	Ahechar	m. 861.	Desayuno
m. 92.	Turno de riego	m. 870.	Mojar el pan en salsa
m. 128.	Madrina	m. 872.	Hervir
m. 149.	Escalera del carro	m. 936.	Alero
m. 156.	Clavija	m. 937.	Grieta en la pared
m. 161.	Rodada	m. 942.	Romperse la nuca
m. 166.	Bozal	m. 944.	(Pelo) rizado
m. 174.	Argolla de la cincha	m. 946.	Guiñar los ojos
m. 222.	Olivo	m. 960.	Pulmón
m. 236.	Acemite	m. 968.	Espalda
m. 239.	Levadura	m. 981.	Bíceps
m. 252.	Cortar el pan	m. 982.	Articulación
m. 254.	Migajas	m. 992.	Pulpejo
m. 270.	Rueca	m. 1008.	Sarpullido
m. 286.	Hongo	m. 1035.	Repeluzno de frío
m. 323.	Zanahoria	m. 1047.	Blusa
m. 335.	Escamujar	m. 1096.	Nombre familiar de la madre
m. 336.	Desgajar	m. 1116.	Andrajos, harapos
m. 361.	Albaricoque	m. 1118.	Charlatán
m. 418.	Santateresa	m. 1124.	Mentira
m. 434.	Ciempíes	m. 1129.	Goloso
m. 439.	Sanguijuela	m. 1133.	Cadáver de niño
m. 468.	Renacuajo	m. 1179.	Bolas
m. 483.	Bacalao	m. 1184.	Gallina ciega
m. 495.	Puesto	m. 1211.	Cucillias (ponerse en)
m. 515.	Serrano	m. 1228.	Maestro
m. 523.	Cayada	m. 1230.	Niño que lleva el agua a los segadores
m. 541.	Comedero portátil	m. 1138.	Añadidura
m. 546.	Nombre genérico de los cencerros	m. 1240.	Peón (de albañil)
m. 560.	Pesebre	m. 1246.	Terraja
m. 567.	Horra	m. 1260.	Fragua
m. 577.	Mogona	m. 1261.	Yunque
m. 586.	Boñiga	m. 1268.	Limpiar (la herrumbre)
m. 592.	Cordero recental	m. 1270.	Pujavante
m. 602.	Pitones de los borregos.	m. 1272.	Rueda de afilar
m. 614.	Manso	m. 1286.	Verano
m. 621.	Chivo (cegajo)	m. 1291.	Trasanteayer
m. 627.	Macho de la cabra	m. 1310.	Cielo nublado
m. 645.	Cochinillo recién nacido	m. 1331.	Rayo
m. 657.	Verrionda	m. 1342.	Carámbano
m. 661.	Avíos de la matanza	m. 1367.	Rambla
m. 689.	Pescuezo	m. 1385.	Charco
m. 702.	Chucho	m. 1388.	Terreno pantanoso
m. 723.	Potro de dos años	m. 1393.	Piedra lisa
m. 726.	Traba	m. 1396.	Piedra redonda de gran tamaño
m. 739.	Cagajón		
m. 741.	Caballería caída de espaldas y que no se puede levantar		

ETAPA DE RECUENTO. PROBLEMAS METODOLÓGICOS

Como hemos explicado, nuestros cálculos se basan en este corpus de 100 mapas. La comparación se hizo punto por punto: por ejemplo, se toma Hu 100 y se va comparando con Hu 101, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 117, 118, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 154, 155, 156, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 165, 166, 167, 168, 169, 170, 171, 172, 173, 174, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 181, 182, 183, 184, 185, 186, 187, 188, 189, 190, 191, 192, 193, 194, 195, 196, 197, 198, 199, 200.

16. Agradezco a José Manuel Martín Butragueño su ayuda en la selección.

muestra claro: cuenta como diferencia la que llama «denominación cero», que considera significativa desde distintos puntos de vista; y Goebel advierte de los problemas que estos casos plantean en los recuentos¹⁹. Es evidente que, en cierto modo, distorsionan el resultado: no es lo mismo marcar diferencias cuando dos puntos tienen palabras distintas para un mismo concepto, que cuando no hay respuesta en uno de los dos puntos. Esas faltas de respuesta a veces pueden interpretarse: por ejemplo, en Hu 301, Huesca capital, la aparición de \emptyset se explica por las diferentes circunstancias del medio en mapas como el de *Potro de dos años*; también resulta normal que en el norte no exista o no se conozca la palabra para designar la *Llave. Vuelta que da el segador a cada puñado para que le quepan varios en la mano*, porque no se cultiva cereal allí. Las diferencias lingüísticas proceden de las diferentes vidas en geografías distintas. Si recorremos con detenimiento los 100 mapas, comparando el léxico de Canfranc (Hu 103) y el de Almodóvar (Hu 303), veremos que la mayoría de las diferencias vienen dadas por las diferentes condiciones de vida de una y otra localidad, aunque en conjunto exista semejanza léxica. Cuando un punto como Broto (Hu 106), que presenta muchas faltas de respuesta, se compara con Robres (Hu 305), al que le ocurre lo mismo en mapas diferentes, se suman esas carencias como disparidades léxicas: de sus 36 diferencias, muchas corresponden a denominaciones cero.

Finalmente, querría advertir que cuando en un punto hay varias respuestas, como es natural no contamos diferencia si aparece la forma léxica del punto comparado, ya sea en primero, segundo o tercer lugar²⁰. Por ejemplo, en Bielsa, Hu 200, 'turno de riego' es *orden, horas, turno*: por tanto, no marcamos diferencia con Lasieso (Hu 110) *orden*, ni con Puebla de Castro (Hu 403) *horas*, ni tampoco con Bolea (Hu 300) *turno*; mientras que estas tres localidades entre sí apuntarían una diferencia cada una. Esto significa que el polimorfismo de un punto está suavizando y garantizando la transición. En este sentido, hay puntos clave como Jaca (Hu 107), Yebra de Basa (109), Lasieso (110), Laguarda (111), que aseguran con su pluralidad de respuestas (a veces explicada también por la pluralidad de informantes) la continuidad léxica en el NO, y lo mismo ocurre con Chalamera (Hu 601), cuyo polimorfismo a veces parece denotar, si no bilingüismo, sí una transición entre la zona catalana de Fraga y Pallaruelo de Monegros (Hu 500). Hay otros puntos que podríamos llamar bisagra, difíciles de detectar en un recuento informatizado, a no ser que el dialectólogo indique el interés por que el programa los aisle.

Todos estos problemas se plantean en la etapa de recuento y, al darles una solución, hemos aceptado casi siempre el criterio de Séguy. La subjetividad a la que nos referíamos antes parece inevitable. Incluso Goebel, cuyo método atrae y asusta a un tiempo al dialectólogo por su compleja elaboración numérica, admite que su análisis está lejos de ser completamente objetivo y que conlleva una dosis inevitable de arbitrariedad, pero añade que esto de ninguna manera le resta valor empírico, ya que es un hecho conocido y aceptado en estadística que «tout travail empirique ne se fait pas directement sur les données brutes, mais bien plutôt sur l'image, voire le modèle que le chercheur en conçoit»²¹.

19. «La relation entre la distance...» *cit.*, p. 340.

20. Algo podría condicionar el hecho de que, en algunos puntos, haya pluralidad de informantes.

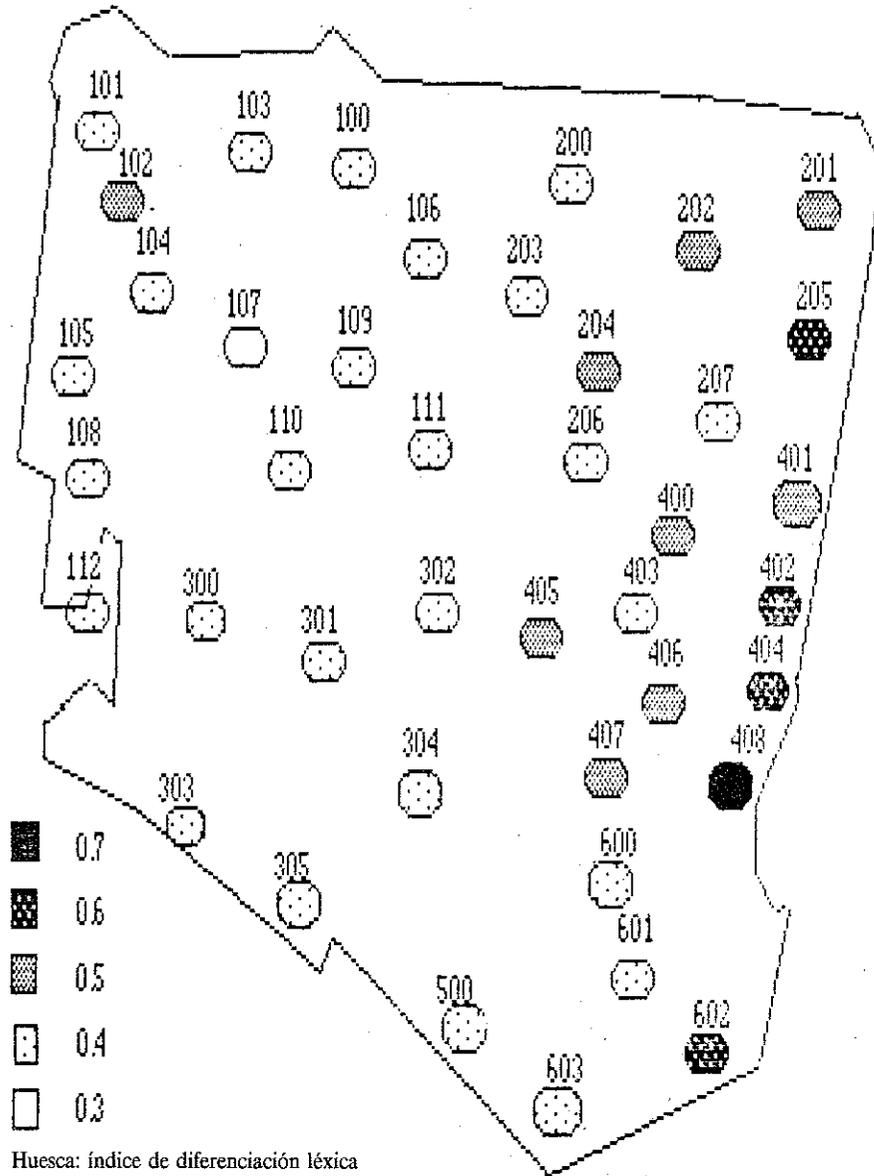
21. «Éléments d'analyse...», p. 356, y en «Parquet polygonal...», p. 360, escribí también: «Jamais

ELABORACIÓN E INTERPRETACIÓN

Puntos	Suma	Media	Desviación	Índice	
100	1820	45,5	12,28	0,455	Sallent de Gállego
101	1975	49,37	12,30	0,493	Ansó
102	2034	50,85	13,23	0,508	Echo
103	1785	44,62	14,66	0,446	Canfranc
104	1965	49,12	14,92	0,491	Aragüés del Puerto
105	1851	46,27	14,88	0,462	Berdún
106	1936	48,4	13,05	0,484	Broto
107	1525	38,12	16,43	0,381	Jaca
108	1875	46,87	15,52	0,468	Bailo
109	1905	47,62	14,32	0,476	Yebra de Basa
110	1893	47,32	14,91	0,473	Lasieso
111	1665	41,62	12,98	0,416	Laguarda
112	1893	47,32	14,47	0,473	Agüero
200	1895	47,37	8,15	0,473	Bielsa
201	2297	57,42	5,85	0,574	Benasque
202	2175	54,37	6,19	0,543	Gistaín
203	1863	46,57	11,09	0,465	Fanlo
204	2087	52,17	9,93	0,521	Laspuña
205	2744	68,6	10,19	0,686	Noales
206	1909	47,72	10,95	0,477	Aínsa
207	1936	48,4	8,47	0,484	Campo
300	1695	42,37	15,43	0,423	Bolea
301	1779	44,47	12,83	0,444	Huesca
302	1729	43,22	13,11	0,432	Angüés
303	1821	45,52	13,54	0,455	Almodóvar
304	1926	48,15	10,70	0,481	Alberuela de Tubo
305	1729	43,22	13,45	0,432	Robres
400	2295	57,37	6,65	0,573	Santaliestra
401	2335	58,37	6,63	0,583	Puebla de Roda
402	2621	65,52	10,66	0,655	Arén
403	1871	46,77	7,24	0,467	Puebla de Castro
404	2426	60,65	8,18	0,606	Tolva
405	2048	51,2	7,69	0,512	Pozán de Vero
406	2132	53,3	5,31	0,533	Azanuy
407	2017	50,42	7,57	0,504	Pueyo
408	2808	70,2	9,49	0,702	Albelda
500	1910	47,75	10,93	0,477	Pallaruelo de Monegros
600	1834	45,85	10,10	0,458	Santalecina
601	1873	46,82	8,19	0,468	Chalamera
602	2644	66,1	7,36	0,661	Fraga
603	1925	48,12	8,08	0,481	Candasnos

on ne pourra se défaire du rôle d'observateur, jamais on ne percevra autre chose qu'une image de la réalité».

Hecho el recuento y reflejado en la tabla, se pasa a la fase de elaboración de los datos, que da como resultado el listado (*vid.* la página precedente). La primera cifra indica el punto; la segunda, la suma de las diferencias de ese punto; la tercera, la media de esas diferencias. Al ser 100 los mapas que estudiamos, la media es igual, dividida por 100, al índice de la quinta columna. La cuarta cifra corresponde a la desviación típica y nos marca en qué medida el punto estudiado presenta diferencias llamativas con otros puntos o se asemeja a los demás. La desviación nos está sirviendo para matizar los datos, recordándonos que las sumas y las medias —fuera de contexto— pueden llevarnos a simplificaciones excesivas.



Huesca: índice de diferenciación léxica

Como se ve en el mapa, hemos cartografiado marcando la separación en los puntos: 0.3/0.4/0.5/0.6/0.7. Pero quizá pueda convenir matizar estas clasificaciones: 0.3 y 0.7 sólo aparecen en Jaca (Hu 107) y en Albelda (Hu 408), respectivamente: el primer punto es el que menos se diferencia de los demás y el segundo, en la frontera catalana, el que más diferencias presenta. Pero entre 0.4 y 0.6 deberíamos afinar la representación gráfica: probablemente un sistema más elaborado nos permitiría graduar el color, teniendo en cuenta la segunda cifra del índice y no igualar así 0.41 y 0.49, diferenciando en cambio tan artificialmente entre 0.49 y 0.51, por ejemplo.

Hechas las críticas mínimas a nuestro mapa, que sólo pretende ser elemental, tendríamos que indicar que se puede mejorar sustancialmente, con dar diferentes alturas o forma de curvas a los distintos valores numéricos.

De cualquier forma, las medias más altas de diferenciación, y por tanto los índices más altos, corresponden a la frontera catalanoaragonesa, con el caso de Echo (Hu 102), que resulta poseer un léxico muy característico de la zona del NO pirenaico. Aquí cabe la reinterpretación de datos a la que nos referíamos antes: Echo se parece bastante en su léxico a las localidades de su entorno, pero frente a Jaca, por ejemplo, sólo da una respuesta, no ofrece posibilidades de transición, lo que aumenta su índice de diferenciación léxica.

Y, para proceder a una reinterpretación ajustada, debemos consultar la desviación típica que se anotan localidades con medias e índices muy parecidos: por ejemplo, no es adecuado igualar sin más la media de 47,37 de Bielsa (Hu 200) y la de 47,32 de Agüero (Hu 112), porque la primera va acompañada de una desviación de 8,15 y la segunda de otra de 14,47. Como nuestro sistema nos permite localizar en la tabla las relaciones punto por punto, vemos allí que Bielsa suele tener unas diferencias más igualadas con los demás puntos, mientras que Agüero las tiene moderadas con el bloque occidental, pero altas con los puntos de la frontera catalanoaragonesa, donde suelen ser de más del 70 %. En cuanto a Jaca, que da el índice más bajo de diferenciación, su desviación típica, de 16,43, nos está advirtiendo de los desniveles que hay entre su relación con Canfranc (Hu 103) = 16 diferencias, con Berdún (Hu 105) = 19 diferencias, con Bolea (Hu 300) = 16 diferencias, las más bajas de todo el cuadro, por una parte, y su relación con Noales (Hu 205) = 75 diferencias, con Arén (Hu 402) = 69 diferencias, con Albelda (Hu 408) = 76 diferencias o con Fraga (Hu 602) = 70 diferencias.

El estudio de las desviaciones puede proporcionar sorpresas caracterizadoras. Considerando la cuarta columna, la de la desviación, se ve fácilmente que el cuadrante nordoccidental es el que alcanza unas desviaciones más elevadas, por encima de 13. Eso nos da un área de poblaciones, sobradamente caracterizada por otros estudios, que tienen unas diferencias léxicas ridículas entre sí —van de 16 a 39—, pero que alcanzan altísimas diferencias con la frontera oriental. Nuestro sistema permite volver al proceso de recuento, cuando es necesario, de manera que no pierde la visión punto por punto y obtiene la visión general.

La matización del mapa con el cuadro de diferencias nos lleva a establecer que, en principio, los resultados del análisis dialectométrico coinciden con los estudios pormenorizados tradicionales. Comparando las distancias léxicas vemos

que apoyan la afirmación de Alvar de que Huesca muestra «una variedad que baja desde Ansó y Echo y que, sin rebasar mucho el actual límite provincial, desciende hacia el valle del Ebro», subdivisión que está condicionada por «términos relacionados con la ganadería»²². Esa variedad pirenaica, de los valles occidentales, bajaría por la trashumancia. Por el este, las modalidades orientales del catalán presentan cierta unidad léxica aunque aquí se observa de nuevo la doble frontera o el trazado desdoblado en el norte, y, por el sur, surge la castellanización.

Afirmaba también Alvar que «la provincia de Huesca debió tener un léxico peculiar que hoy queda encerrado dentro de unas peculiaridades marginales que lo constriñen»²³. Y también aquí convendría afinar la interpretación de nuestras cifras: no es lo mismo una semejanza en el léxico más específico que en el general. Por ejemplo, los puntos 201 y 202, Benasque y Gistaín, se diferencian con 59 y 56 casos de Ansó (Hu 101), pero presentan ejemplos de léxico común que no comparten con puntos más meridionales.

Comparando por encima los índices de diferenciación léxica con los que el profesor Moreno presenta para la morfología, choca que sean bastante más bajos. Y es que, como advertía Séguy, aunque el léxico resulte determinante para la comprensión lingüística, en cuanto a la tipología, representa un porcentaje muy inferior al de los niveles morfosintáctico o fonético y no tiene por qué corresponderse con ellos²⁴. Por una parte, las palabras están unidas a las realidades concretas; por otra, tienen una movilidad sujeta a distintas razones, que no rigen para la fonética, ni para la morfología²⁵. El léxico, en el que se basa la comprensión, viaja en determinadas condiciones y se carga de connotaciones de prestigio o desprestigio, que pueden significar su difusión o su repliegue. Habrá que insistir en que, para la clasificación lingüística, no se puede dar el mismo valor a un fonema que a una palabra. Éstas no afectan a la estructura del sistema, de ahí que se extiendan con facilidad²⁶.

Güter, apoyándose en los estudios de Ravier sobre la comprensión interdialectal, señalaba que por encima de las 50 diferencias léxicas comenzaba a dificultarse la comunicación²⁷. Se marca así una frontera dialectal que, por encima de esa cifra, se convierte en frontera entre lenguas. No cabe duda de que las 75 diferencias que se registran en Noales (Hu 205) y Aínsa (Hu 206) nos hablan de la frontera con el catalán; lo mismo que las 55 diferencias que encontramos entre Hu 101, Ansó, y Broto (Hu 106), lo hacen de una frontera subdialectal.

En cuanto a los bajos porcentajes de diferenciación, habrá que recordar los casos de pluralidad de respuestas, que atenúan las diferencias y reducen el

22. «Geografía lingüística de Aragón» (en prensa).

23. *Ibidem*.

24. «La relation entre la distance...», p. 339.

25. U. Weinreich, «Unilinguisme et multilinguisme», *Le Langage*, dir. por A. Martinet, Paris, 1968, p. 664, citado por Alvar en *La frontera...*, p. 19.

26. *Ibidem*.

27. También lo marcaba así Séguy en «La relation entre la distance...», p. 351.

peligro de que se produzca un corte en la comprensión. Ahora bien, incluso en las zonas de más altos índices de diferenciación hay que admitir que el que un hablante no utilice una palabra en situación de entrevista no quiere decir que no la conozca o no pueda identificarla. Su no utilización no significa, de partida, una ruptura de la comprensión. Habrá que suponer que, en zonas fronterizas, los hablantes son en cierto modo «bilingües», al menos pasivos, en lo que se refiere al léxico de las localidades vecinas²⁸.

Cabrían más matizaciones, pero ahora nos interesa saber si podemos utilizar estos recuentos para el trazado de áreas. La elaboración dialectométrica no considera el origen ni la penetración del léxico dialectal. Sólo marca diferencias o semejanzas. No busca áreas, pero indirectamente puede dar indicaciones de dónde se encuentran. Si se puede afirmar con Lalanne que las hablas limítrofes son científicamente inoponibles y, por tanto, no se pueden fijar límites y superficies dialectales inapelables, cabe hacer viable la agrupación de puntos, si no idénticos, sí semejantes²⁹.

En esta línea, Goebel opina que el eterno problema de las isóglotas tomaba la cuestión del revés. No se trata de registrar sin más las diferencias, porque son las semejanzas las que aseguran la comunicación de los hablantes. Por eso propone el estudio de las semejanzas interpuntuales, de los interpuntos en función comunicativa³⁰.

El problema de las áreas está relacionado con el de la semejanza, que puede dar falsas áreas, porque la semejanza no es transitiva como la identidad³¹. Podríamos elaborar los datos de distintas formas: cada número del cuadro podría ser el protagonista de un mapa. La dialectometría ofrece multitud de posibilidades a los tipófilos, que buscan por todos los medios fijar áreas, caracterizar lenguas y dialectos.

Aludimos a que en España no se ha hecho dialectometría —y es cierto—, pero sí existen trabajos de esta orientación sobre materiales españoles. Séguy incluyó dos recorridos, uno con datos del ALC y otro basado en el ALEA, en su artículo «La relation entre la distance spatiale et la distance lexicale», y Güter publicó un estudio dialectométrico de la cadena cántabro-pirenaica³². Establecía allí que la franja oriental de Huesca es claramente catalana, mientras que la zona sudoriental, a lo largo del límite con Zaragoza, ha sufrido la misma influencia castellana que esa provincia. Observa que límites entre 63 % y 78 % sólo se encuentran en los Pirineos, del aragonés al catalán. Del 37 % al 56 %, entre gallego y asturiano o leonés, y del 18 % al 38 %, entre dialectos y el castellano. En un estudio del 87 revisa esos límites y los varía algo. Sobre la frontera catalanoaragonesa afirma que no es clara más que en dominio de Reconquista,

28. Vid. J. Séguy, «La dialectométrie dans l'ALG», p. 233.

29. Cit. por Séguy, *ibidem*.

30. Goebel, «Parquet polygonal...» *cit.*, p. 354.

31. Séguy, «La relation entre la distance...», p. 336.

32. E. Güter, «Aproximació lingüística a la cadena cantabro-pirenaica», *Miscel·lania Aramon i Serra*, III, Barcelona, 1983, p. 247 y sigs.

y señala que la cuerda fronteriza se deshilacha en múltiples fibras de nivel dialectal o subdialectal según nos acercamos a los Pirineos³³.

Un método global, como el nuestro, con su establecimiento de zonas de semejanza y sus índices de diferenciación, puede trazar áreas claras para hechos concretos. Marcará zonas de léxico relacionado entre sí, pero, como siempre, habrá que rendirse a la evidencia de que el léxico se escapa, de que, en general, es cierto el viejo dicho de que cada palabra tiene su propia historia, aunque estos cálculos intenten captar la de todas a la vez.

La utilidad de la dialectometría está en que permite aplicaciones a los datos más recientes o reinterpretaciones de antiguos materiales, como se ha hecho con el ALF y el AIS³⁴. En nuestro caso, aunque estos cálculos no nos dieran más de lo que sabíamos por otros medios, ya sería suficiente. El haber comparado 16.000 formas léxicas nos ha capacitado para detectar los principales problemas metodológicos que se plantean en este nivel, problemas diferentes a los de fonética o morfología, y que habrá que tener en cuenta al preparar un programa informático que sustituya el recuento manual.

Es evidente que la dialectometría ayudará a aprovechar con mayor agilidad los fondos de los atlas, pero existe el peligro de que la atracción que en estos últimos tiempos ejercen los números sobre los filólogos, reduzca estos cálculos a un abuso del ordenador, traducido en una serie de listados sin interpretar y una serie de mapas sin comentar³⁵. De cualquier forma, no hay que cerrarse a las nuevas posibilidades metodológicas que se ofrecen. Probablemente no convenga que los dialectólogos seamos tan escépticos, sobre todo si podemos disfrutar de algo que tradicionalmente nos estaba vedado, lo que Séguy llama *l'ivresse des chiffres*, la euforia que la posibilidad de trabajar con números parece despertar en los humanistas³⁶.

33. «Étalonnage d'une méthode géolinguistique», *RLR*, 51 (1987), pp. 55-62.

34. Una aplicación con bibliografía recopilada, en H. Goebí, «Points chauds de l'analyse dialectométrique: pondération et visualisation», *RLR*, 51 (1987), pp. 63-118.

35. Vid. la polémica reseña de H. Guiter al libro de H. Goebí, *Dialektometrische Studien*, en *RLR*, 49 (1985), especialmente las pp. 204-205.



Institución Fernando el Católico



DIPUTACION D ZARAGOZA